



Edith Wharton

Kerfol

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

KERFOL

EDITH WHARTON

**PUBLICADO: 1916
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

I

—Deberías comprarlo —dijo mi anfitrión—; es el lugar perfecto para un diablo de espíritu solitario como tú. Y no estaría de más ser dueño de la casa más romántica de Bretaña. Los actuales propietarios están completamente arruinados, y la venden por cuatro cuartos: deberías comprarla.

No fue movido en lo más mínimo por el deseo de estar a la altura del carácter que mi amigo Lanrivain me había atribuido (pues en realidad, bajo mi exterior huraño, siempre he albergado anhelos secretos de vida doméstica) por lo que hice caso de su sugerencia una tarde de otoño y fui a Kerfol. Mi amigo iba en automóvil a Quimper por negocios: me dejó a mitad de camino, en un cruce sobre un páramo, y dijo: —Primero a la derecha y luego a la izquierda. Después todo recto hasta que veas una avenida. Si te encuentras con algún campesino, no le preguntes el camino. No entienden el francés, y harían como que sí y te confundirían. Volveré a buscarte aquí al atardecer; y no te olvides de las tumbas de la capilla.

Seguí las indicaciones de Lanrivain con las vacilaciones que provoca la dificultad habitual de recordar si había dicho primero a la derecha y luego a la izquierda, o lo contrario. De haber encontrado a un campesino, sin duda le habría preguntado y probablemente me habría extraviado; pero el paisaje desierto era todo mío, y así di con el giro correcto y caminé por el páramo hasta llegar a una avenida. Era tan distinta de cualquier otra que había visto que al instante supe que debía de ser *la* avenida. Los árboles de troncos grises se alzaban rectos hasta una gran altura y luego entrelazaban sus ramas gris pálido formando un largo túnel por el que la luz otoñal caía tenuemente. Conozco la mayoría de los árboles por su nombre, pero hasta hoy no he logrado determinar cuáles eran aquellos. Tenían la alta curvatura de los olmos, la tenuidad de los álamos, el color ceniciento de los olivos bajo un

cielo lluvioso; y se extendían ante mí durante casi un kilómetro sin interrupción en su bóveda. Si alguna vez vi una avenida que llevara inequívocamente a algún sitio, fue la avenida de Kerfol. El corazón me latió un poco más deprisa al comenzar a recorrerla.

Al poco, los árboles se acabaron y llegué a una puerta fortificada en un largo muro. Entre el muro y yo había un espacio abierto de hierba, del que irradiaban otras avenidas grises. Tras el muro se veían altos tejados de pizarra cubiertos de musgo plateado, el campanario de una capilla, la cima de un torreón. Un foso lleno de arbustos silvestres y zarzas rodeaba el lugar; el puente levadizo había sido sustituido por un arco de piedra, y el rastrillo por una verja de hierro. Me quedé largo tiempo en el lado de acá del foso, contemplando el entorno y dejando que la influencia del lugar se fuera imponiendo en mí. Me dije: «Si espero el tiempo suficiente, aparecerá el guardián y me mostrará las tumbas»; y en cierto modo esperaba que no apareciera demasiado pronto.

Me senté en una piedra y encendí un cigarrillo. En cuanto lo hice, me pareció una acción pueril y de mal agüero, con aquella gran casa ciega mirándome desde arriba y todas las avenidas vacías convergiendo en mí. Quizá fue la profundidad del silencio lo que me hizo tan consciente de mi gesto. El chirrido de la cerilla sonó tan fuerte como el rechinar de un freno, y casi creí oírla caer cuando la arrojé sobre la hierba. Pero había algo más: una sensación de impertinencia, de insignificancia, de fanfarronería inútil, al quedarme allí sentado soplando el humo del cigarrillo a la cara de semejante pasado.

No sabía nada de la historia de Kerfol —era nuevo en Bretaña, y Lanrivain no me había mencionado el nombre hasta el día anterior—, pero bastaba una simple ojeada a aquella mole para percibir en ella una larga acumulación de historia. Qué clase de historia no estaba en condiciones de adivinar: quizá solo ese peso puro de muchas vidas y muertes asociadas que confiere majestad a todas las casas antiguas. Pero el aspecto de Kerfol sugería algo más: una perspectiva de recuerdos severos y crueles que se extendían, como sus propias avenidas grises, hacia una neblina de oscuridad.

Ciertamente ninguna casa había roto con el presente de manera tan completa y definitiva. Tal como se alzaba, levantando al cielo sus orgullosos tejados y frontones, bien habría podido ser su propio monumento funerario.

«¿Las tumbas de la capilla? ¡El lugar entero es una tumba!», reflexioné. Deseé cada vez más que el guardián no apareciera. Los detalles del lugar, por llamativos que fueran, parecerían triviales frente a la impresión de conjunto; y lo único que quería era quedarme allí sentado y dejarme penetrar por el peso de su silencio.

— ¡Es el lugar perfecto para ti! —había dicho Lanrivain; y me embargó la frivolidad casi blasfema de sugerir a cualquier ser vivo que Kerfol era el lugar indicado para él. «¿Es posible que alguien *no* lo vea?», me pregunté. No acabé el pensamiento: lo que quería decir era indefinible. Me puse en pie y me encaminé hacia la verja. Empezaba a querer saber más; no a *ver* más — a esas alturas estaba seguro de que no era una cuestión de ver —, sino a sentir más: sentir todo lo que el lugar tenía que comunicar. «Pero para entrar habrá que molestar al guarda», pensé con desgana, y vacilé. Por fin crucé el puente y probé la verja de hierro. Cedió, y caminé por el túnel que formaba el espesor del *chemin de ronde*. En el extremo opuesto se había colocado una barricada de madera en la entrada, y más allá había un patio enmarcado por una noble arquitectura. El edificio principal quedaba frente a mí; y vi entonces que la mitad no era sino una simple fachada en ruinas, con ventanas abiertas a través de las cuales eran visibles los matorrales silvestres del foso y los árboles del parque. El resto de la casa conservaba aún su robusta belleza. Un extremo daba al torreón redondo, el otro a la pequeña capilla con tracería, y en un ángulo del edificio se alzaba un gracioso brocal de pozo coronado con urnas cubiertas de musgo. Algunas rosas crecían junto a los muros, y en el alféizar de una ventana del piso superior recuerdo haber visto una maceta de fucsias.

Mi sensación de la presión de lo invisible empezó a ceder ante mi interés arquitectónico. El edificio era tan bello que sentí el deseo de explorarlo por sí mismo. Miré por el patio, preguntándome en qué rincón viviría el guardián. Luego empujé la barrera y entré. Al hacerlo, un perro me cerró el paso. Era tan extraordinariamente hermoso que por un momento me hizo olvidar el espléndido lugar que defendía. En ese momento no estaba seguro de su raza, pero después supe que era china, y que pertenecía a una variedad rara llamada «perro de manga». Era muy pequeño y de color marrón dorado, con grandes ojos castaños y una garganta rizada: parecía un gran crisantemo leonado. Me dije: «Estos animalillos siempre ladran y chillan, y en un minuto saldrá alguien».

El pequeño animal se plantó ante mí, amenazante, casi hostil: había ira en sus grandes ojos castaños. Pero no emitió ningún sonido, y no se acercó. Al contrario, conforme yo avanzaba, fue retrocediendo poco a poco, y observé que otro perro, una cosa vaga y atigrada de pelo áspero, se había acercado cojeando con una pata tullida. «Ahora se va a armar», pensé; pues al mismo tiempo un tercer perro, un mestizo blanco de pelo largo, salió deslizándose de una puerta y se unió a los otros. Los tres se quedaron mirándome con ojos graves; pero de ellos no salió ni un sonido. Al avanzar yo, continuaron retrocediendo sobre sus patas silenciosas, sin dejar de observarme. «En un momento dado, todos se lanzarán sobre mis tobillos: es una de las bromas que se gastan los perros que viven juntos», pensé. No me alarmé, pues no eran ni grandes ni temibles. Pero me dejaron vagar por el patio a mi antojo, siguiéndome a poca distancia —siempre la misma— y sin apartar los ojos de mí. Al poco miré hacia la fachada en ruinas y vi que en uno de los marcos de sus ventanas vacías había otro perro: un perdiguero blanco con una oreja marrón. Era un perro viejo y grave, mucho más experimentado que los otros; y parecía observarme con una intención más profunda. «De *ese* recibiré algo», me dije; pero se quedó en el marco de la ventana, contra los árboles del parque, y siguió mirándome sin moverse. Le sostuve la mirada un rato, para ver si la conciencia de ser observado no lo incitaría a reaccionar. La mitad del patio nos separaba, y nos miramos en silencio a través de él. Pero no se movió, y al final aparté la vista. Detrás de mí estaba el resto de la jauría, con un recién llegado: un galgo negro pequeño de ojos pálidos color ágata. Temblaba un poco, y su expresión era más tímida que la de los demás. Noté que se mantenía algo detrás de ellos. Y seguía sin haber un solo sonido.

Me quedé allí durante cinco minutos enteros, con el círculo a mi alrededor, esperando, como ellos parecían esperar. Por fin me acerqué al perrito marrón dorado y me agaché para acariciarlo. Al hacerlo, me oí soltar una risa nerviosa. El perrito no se sobresaltó, ni gruñó, ni apartó los ojos de mí: simplemente retrocedió casi un metro, se detuvo y siguió mirándome. — ¡Vamos, hombre! — exclamé, y crucé el patio hacia el pozo.

Al avanzar, los perros se dispersaron y se deslizaron hacia distintos rincones del patio. Examiné las urnas del pozo, probé una o dos puertas cerradas con llave, y paseé la vista por la muda fachada; luego me volví hacia la capilla. Al girarme vi que todos los perros habían desaparecido salvo el

viejo perdiguero, que seguía observándome desde la ventana. Era un alivio haberme quitado de encima esa nube de testigos; y empecé a buscar un camino hacia la parte trasera de la casa. «Quizá haya alguien en el jardín», pensé. Encontré un paso por encima del foso, trepé por un muro cubierto de zarzas y entré en el jardín. Unas hortensias y unos geranios desmedrados languidecían en los arriates, y la vieja casa los miraba con indiferencia. El lado del jardín era más sobrio y severo que el otro: la larga fachada de granito, con sus escasas ventanas y su empinado tejado, parecía una fortaleza-prisión. Rodeé el ala más alejada, subí unos escalones desvencijados y entré en el profundo crepúsculo de un estrecho paseo de boj de increíble antigüedad. El paseo tenía justo el ancho suficiente para que pasara una persona, y sus ramas se cerraban por encima. Era como el fantasma de un paseo de boj, con su verde lustroso tornándose todo en el gris sombrío de las avenidas. Seguí caminando, las ramas golpeándome en la cara y saltando hacia atrás con un seco chasquido; y al fin salí a la cima cubierta de hierba del *chemin de ronde*. Lo recorrí hasta la torre de la puerta, mirando hacia abajo al patio, que quedaba justo debajo de mí. No había un ser humano a la vista; ni tampoco los perros. Encontré un tramo de escaleras en el grosor del muro y bajé por ellas; y cuando volví a salir al patio, allí estaba el círculo de perros, el marrón dorado un poco delante de los otros, el galgo negro temblando en la retaguardia.

—¡Vamos, malditas bestias! —exclamé, y mi voz me sobresaltó con un repentino eco. Los perros permanecieron inmóviles, mirándome. Ya sabía por entonces que no intentarían impedirme acercarme a la casa, y eso me dejó libre para examinarlos. Tenía la sensación de que debían de estar horriblemente intimidados para ser tan silenciosos e inertes. Sin embargo, no parecían hambrientos ni maltratados. Su pelaje era liso y no estaban flacos, excepto el galgo tembloroso. Era más bien como si hubiesen vivido largo tiempo con personas que nunca les hablaban ni los miraban: como si el silencio del lugar hubiese ido adormeciendo poco a poco su naturaleza activa e inquisitiva. Y esa extraña pasividad, ese abatimiento casi humano, me pareció más triste que la desgracia de los animales hambrientos y maltratados. Me habría gustado animarlos un momento, tentarlos para que jugaran o corrieran; pero cuanto más miraba en sus ojos fijos y cansados, más descabellada se volvía la idea. Con las ventanas de aquella casa mirando hacia abajo, ¿cómo habría podido imaginar tal cosa? Los perros lo sabían mejor: ellos sabían lo que la casa toleraba y lo que no. Incluso me pareció que

sabían lo que pasaba por mi mente, y se compadecían de mi frivolidad. Pero incluso ese sentimiento probablemente los alcanzaba a través de una espesa niebla de apatía. Tenía la impresión de que su distancia de mí no era nada comparada con mi lejanía de ellos. La impresión que producían era la de tener en común un recuerdo tan hondo y oscuro que nada de cuanto había ocurrido desde entonces merecía ni un gruñido ni un meneo de cola.

—Escuchad —prorrumpí de repente, dirigiéndome al mudo círculo—. ¿Sabéis qué aspecto tenéis, todos vosotros? Tenéis aspecto de haber visto un fantasma; ¡así es! Me pregunto si habrá un fantasma aquí, y si no quedáis más que vosotros para que se os aparezca. —Los perros siguieron mirándome fijamente sin moverse....

*

Estaba oscuro cuando vi las luces del automóvil de Lanrivain en el cruce; y no me disgustó precisamente verlas. Tenía la sensación de haber escapado del lugar más solitario del mundo, y de no gustar de la soledad —hasta ese punto— tanto como había imaginado que me gustaría. Mi amigo había traído de Quimper a su abogado para pasar la noche, y sentado junto a un desconocido gordo y afable no sentí ninguna inclinación a hablar de Kerfol....

Pero aquella tarde, cuando Lanrivain y el abogado se encerraron en el despacho, Madame de Lanrivain empezó a interrogarme en el salón.

—Bien, ¿va usted a comprar Kerfol? —preguntó, levantando su alegre barbilla del bordado.

—Aún no lo he decidido. El caso es que no pude entrar en la casa —dije, como si simplemente hubiera aplazado mi decisión y tuviera intención de volver a echar otro vistazo.

—¿Que no pudo entrar? Pero, ¿qué ocurrió? La familia está desesperada por vender el lugar, y el viejo guardián tiene órdenes de...

—Es muy posible. Pero el viejo guardián no estaba.

—¡Qué lástima! Debió de ir al mercado. ¿Pero su hija...?

—No había nadie. Al menos, yo no vi a nadie.

—¡Qué extraordinario! ¿Literalmente nadie?

—Nadie salvo una gran cantidad de perros —toda una jauría— que parecían tener el lugar para ellos solos.

Madame de Lanrivain dejó caer el bordado sobre las rodillas y cruzó las manos encima de él. Durante varios minutos me miró pensativa.

—¿Una jauría de perros? ¿Los *vio* usted?

—¿Que si los vi? ¡No vi otra cosa!

—¿Cuántos? —Bajó un poco la voz—. Siempre me lo he preguntado...

La miré con sorpresa: había supuesto que el lugar le era familiar. —¿No ha ido usted nunca a Kerfol? —pregunté.

—Oh, sí: con frecuencia. Pero nunca en ese día.

—¿En qué día?

—Lo había olvidado por completo; y Hervé también, estoy segura. Si lo hubiéramos recordado, nunca le habríamos enviado hoy; pero claro, al fin y al cabo, nadie cree del todo en esas cosas, ¿verdad?

—¿Qué cosas? —pregunté, bajando involuntariamente la voz al nivel de la suya. Interiormente pensaba: «*Sabía* que había algo...».

Madame de Lanrivain carraspeó y esbozó una sonrisa tranquilizadora. —¿No le contó Hervé la historia de Kerfol? Un antepasado suyo estuvo mezclado en ella. Ya sabe que toda casa bretona tiene su historia de fantasmas; y algunas son bastante desagradables.

—Sí..., ¿pero esos perros?

—Pues bien, esos perros son los fantasmas de Kerfol. Al menos, los campesinos dicen que hay un día al año en que aparece allí una gran cantidad de perros; y ese día el guarda y su hija se marchan a Morlaix y se emborrachan. Las mujeres de Bretaña beben de una manera espantosa. —Se inclinó para buscar un hilo con que hacer juego; luego levantó su encantador y curioso rostro parisino—. ¿*De verdad* vio usted muchos perros? En Kerfol no hay ninguno —dijo.

II

Al día siguiente, Lanrivain sacó un ajado volumen encuadernado en piel de becerro del fondo de un estante superior de su biblioteca.

—Sí, aquí está. ¿Cómo se titula? *Historia de los Juicios del Ducado de Bretaña. Quimper, 1702*. El libro fue escrito unos cien años después del asunto de Kerfol; pero creo que el relato es una transcripción bastante literal de los registros judiciales. En cualquier caso, es una lectura singular. Y hay un Hervé de Lanrivain mezclado en él; no exactamente de mi estilo, como ya verás. Pero bueno, es solo un pariente colateral. Toma, llévate el libro a la cama. No recuerdo exactamente los detalles; pero después de haberlo leído, ¡apuesto a lo que sea a que dejarás la luz encendida toda la noche!

Dejé la luz encendida toda la noche, como él había predicho; pero fue sobre todo porque, hasta casi el amanecer, estuve absorto en la lectura. El relato del juicio de Anne de Cornault, esposa del señor de Kerfol, era largo y de letra apretada. Era, como había dicho mi amigo, probablemente una transcripción casi literal de lo ocurrido en la sala del tribunal; y el juicio duró casi un mes. Además, el tipo de letra del libro era muy deficiente....

Al principio pensé en traducir el antiguo registro. Pero está lleno de repeticiones tediosas, y el hilo principal de la historia se pierde constantemente en digresiones. Por eso he intentado desenredarlo y lo presento aquí de forma más sencilla. En algunos momentos, sin embargo, he vuelto al texto porque ninguna otra palabra habría transmitido con tanta exactitud la sensación que experimenté en Kerfol; y en ningún lugar he añadido nada de mi propia cosecha.

III

Fue en el año 16-- cuando Yves de Cornault, señor del dominio de Kerfol, fue al *pardon* de Locronan a cumplir sus obligaciones religiosas. Era un noble rico y poderoso, de sesenta y dos años entonces, aunque robusto y vigoroso, gran jinete y cazador, y hombre piadoso. Así lo atestiguaron todos sus vecinos. En su aspecto era bajo y corpulento, de tez morena, piernas ligeramente arqueadas por el sillín, nariz aguileña y manos anchas cubiertas de vello negro. Se había casado joven y había perdido a su esposa y a su hijo poco después, y desde entonces había vivido solo en Kerfol. Dos veces al año iba a Morlaix, donde tenía una hermosa casa junto al río, y pasaba allí una semana o diez días; y de vez en cuando cabalgaba hasta Rennes por negocios. Se encontraron testigos dispuestos a declarar que durante estas ausencias llevaba una vida diferente a la que se le conocía en Kerfol, donde se ocupaba de sus tierras, oía misa a diario y encontraba su único entretenimiento en cazar el jabalí y las aves acuáticas. Pero estos rumores no son especialmente relevantes, y lo cierto es que entre las personas de su misma clase en los alrededores pasaba por ser un hombre serio e incluso austero, observante de sus obligaciones religiosas y muy reservado. No se hablaba de ninguna familiaridad con las mujeres de sus tierras, aunque en aquella época la nobleza se tomaba grandes libertades con los campesinos. Algunas personas decían que no había vuelto a mirar a una mujer desde la muerte de su esposa; pero tales cosas son difíciles de demostrar, y las pruebas sobre este punto no valían gran cosa.

Pues bien, a sus sesenta y dos años, Yves de Cornault fue al *pardon* de Locronan y vio allí a una joven dama de Douarnenez que había llegado a lomos de una caballería, a la grupa de su padre, a rendir sus deberes al santo. Se llamaba Anne de Barrigan y provenía de una buena y antigua familia

bretona, aunque muy inferior en grandeza y poder a la de Yves de Cornault; y su padre había dilapidado su fortuna en el juego, y vivía casi como un campesino en su pequeña casa solariega de granito en el páramo.... He dicho que no añadiría nada de mi propia cosecha a esta fría exposición de un caso singular; pero debo interrumpirme aquí para describir a la joven dama que llegó al pórtico de Locronan en el preciso momento en que el Barón de Cornault desmontaba también allí. Tomo mi descripción de un marchito dibujo a sanguina, sobrio y verídico, que bien podría ser de un tardío discípulo de los Clouet, que cuelga en el estudio de Lanrivain y que se dice que es un retrato de Anne de Barrigan. No está firmado y no tiene más marca de identidad que las iniciales A. B. y la fecha 16-- , el año siguiente a su matrimonio. Representa a una joven de rostro oval pequeño, casi puntiagudo, aunque suficientemente ancho para una boca generosa con una suave hendidura en las comisuras. La nariz es pequeña, y las cejas, altas, separadas y perfiladas con la levedad de las cejas de una pintura china. La frente es alta y seria, y el cabello, que se adivina fino, espeso y rubio, está recogido hacia atrás y cae ajustado como un gorro. Los ojos no son ni grandes ni pequeños; avellana, probablemente, con una mirada a la vez tímida y firme. Un par de hermosas manos largas se cruzan bajo el pecho de la dama....

El capellán de Kerfol y otros testigos declararon que cuando el Barón regresó de Locronan saltó del caballo, ordenó que le ensillaran otro de inmediato, llamó a un joven paje para que lo acompañara y partió esa misma tarde hacia el sur. Su mayordomo lo siguió a la mañana siguiente con arcones cargados sobre un par de mulas de carga. La semana siguiente, Yves de Cornault regresó a Kerfol, mandó llamar a sus vasallos y arrendatarios, y les comunicó que se casaría el día de Todos los Santos con Anne de Barrigan de Douarnenez. Y el día de Todos los Santos se celebró la boda.

En cuanto a los años siguientes, las pruebas de ambas partes parecen indicar que transcurrieron felizmente para la pareja. Nadie pudo afirmar que Yves de Cornault hubiese sido cruel con su esposa, y era evidente para todos que estaba satisfecho con su elección. De hecho, el capellán y otros testigos de cargo reconocieron que la joven dama ejercía una influencia suavizadora sobre su marido, y que se volvió menos exigente con sus arrendatarios, menos duro con los campesinos y los dependientes, y menos dado a los ataques de sombrío silencio que habían ensombrecido su viudez. En cuanto a su esposa, el único agravio que sus defensores pudieron aducir en

su favor era que Kerfol era un lugar solitario, y que cuando su marido se ausentaba por negocios a Rennes o Morlaix —a donde nunca la llevaba— no se le permitía siquiera pasear por el parque sin compañía. Pero nadie afirmó que fuera desdichada, aunque una sirvienta dijo haberla sorprendido llorando y haberla oído decir que era una mujer maldita por no tener hijos y no tener nada propio en la vida. Pero era un sentimiento muy natural en una esposa apegada a su marido; y desde luego debía de ser un gran dolor para Yves de Cornault que ella no le diese un hijo. Sin embargo, nunca le hizo sentir su esterilidad como un reproche —ella misma lo admite en su declaración—, sino que parecía procurar que lo olvidara colmándola de regalos y atenciones. Aunque era rico, nunca había sido generoso; pero nada era demasiado bueno para su esposa, en cuestión de sedas, joyas o lienzos, o de cualquier otra cosa que ella deseara. Todo mercader ambulante era bienvenido en Kerfol, y cuando el señor debía ausentarse nunca regresaba sin traerle a su esposa un hermoso presente —algo curioso y especial— de Morlaix, Rennes o Quimper. Una de las damas de compañía dio, en el interrogatorio, una interesante lista de los regalos de un año, que reproduzco. De Morlaix, un junco de marfil tallado con chinos a los remos, que un marinero extraño había traído como ofrenda votiva a Nuestra Señora de la Clarté, sobre Ploumanac'h; de Quimper, un vestido bordado por las monjas de la Asunción; de Rennes, una rosa de plata que se abría y mostraba una Virgen de ámbar con corona de granates; de Morlaix, de nuevo, una pieza de terciopelo de Damasco entretejido de oro, comprado a un judío de Siria; y para el día de San Miguel de ese mismo año, de Rennes, un collar o pulsera de piedras redondas —esmeraldas, perlas y rubíes— ensartadas como cuentas en una fina cadena de oro. Este fue el regalo que más agradó a la dama, dijo la mujer. Más adelante, cuando vino a cuento, fue presentado en el juicio, y parece haber impresionado a los jueces y al público como una joya curiosa y valiosa.

Ese mismo invierno, el Barón volvió a ausentarse, esta vez hasta Burdeos, y a su regreso trajo a su esposa algo todavía más raro y bonito que el collar. Era una tarde de invierno cuando llegó a Kerfol a caballo y, al entrar en el salón, la encontró sentada junto al hogar, la barbilla apoyada en la mano, mirando el fuego. Llevaba en la mano una caja de terciopelo y, depositándola, levantó la tapa y dejó salir un pequeño perro marrón dorado.

Anne de Cornault exclamó de placer al ver cómo la pequeña criatura se lanzaba hacia ella. — ¡Parece un pájaro o una mariposa! — exclamó al cogerlo; y el perro le puso las patas sobre los hombros y la miró con ojos «de cristiano». A partir de entonces nunca quiso perderlo de vista, y lo mimó y habló con él como si fuera un niño; como en efecto era lo más parecido a un niño que tendría. Yves de Cornault quedó muy satisfecho con su compra. El perro lo había traído hasta él un marinero de un mercante de las Indias Orientales, y el marinero lo había comprado a un peregrino en un bazar de Jaffa, quien se lo había robado a la esposa de un noble en China: algo perfectamente lícito, dado que el peregrino era cristiano y el noble un pagano condenado al fuego del infierno.

Yves de Cornault había pagado un buen precio por el perro, pues empezaban a estar de moda en la corte francesa y el marinero sabía que tenía entre manos una buena pieza; pero el placer de Anne era tan grande que, al verla reír y jugar con el pequeño animal, su marido sin duda habría dado el doble de la suma.

*

Hasta aquí todas las pruebas coinciden, y la narración va viento en popa; pero ahora el gobierno se vuelve difícil. Intentaré atenerme en lo posible a las propias declaraciones de Anne; aunque hacia el final, la pobre....

Pues bien, retomando el hilo. Al año siguiente de que trajeran el perrito marrón a Kerfol, Yves de Cornault fue encontrado muerto, una noche de invierno, en lo alto de un estrecho tramo de escaleras que descendía desde las habitaciones de su esposa hasta una puerta que daba al patio. Fue su esposa quien lo encontró y dio la alarma, tan fuera de sí, la pobre desgraciada, de miedo y horror — pues tenía sangre de él por todas partes — que al principio la servidumbre que acudió no pudo entender lo que decía, y creyeron que de repente había perdido la razón. Pero allí estaba, en lo alto de la escalera, su marido, muerto y caído de cabeza, con la sangre de sus heridas goteando por los peldaños. Tenía la cara y el cuello horriblemente arañados y desgarrados, como por extrañas armas punzantes; y en una de las piernas tenía un desgarró profundo que había cortado una arteria, y que probablemente había causado su muerte. ¿Pero cómo había llegado allí, y quién lo había asesinado?

Su esposa declaró que había estado durmiendo en su cama, y que al oír su grito había salido corriendo y lo había encontrado tendido en la escalera; pero esto fue cuestionado de inmediato. En primer lugar, se demostró que desde su habitación no podría haber oído la lucha en la escalera, debido al grosor de los muros y la longitud del corredor intermedio; luego era evidente que no había estado en cama y dormida, pues estaba vestida cuando despertó a la servidumbre, y su cama no había sido usada. Además, la puerta en la parte inferior de la escalera estaba entreabierta, y el capellán (hombre observador) advirtió que el vestido que llevaba puesto estaba manchado de sangre a la altura de las rodillas, y que había rastros de pequeñas manos ensangrentadas en la parte baja de las paredes de la escalera, por lo que se conjeturó que en realidad ella estaba en la puerta del postigo cuando su marido cayó y que, al ir tanteando hacia él en la oscuridad a gatas, se había manchado con su sangre que goteaba hacia abajo. Naturalmente se argumentó por el otro lado que las manchas de sangre en su vestido podrían haberse debido a que se arrodilló junto a su marido cuando salió corriendo de su habitación; pero estaba la puerta abierta abajo, y el hecho de que todas las marcas de dedos en la escalera apuntaban hacia arriba.

La acusada mantuvo su declaración durante los dos primeros días, a pesar de su improbabilidad; pero al tercer día le fue comunicado que Hervé de Lanrivain, un joven noble del vecindario, había sido detenido por complicidad en el crimen. Varios testigos declararon entonces que era sabido en toda la comarca que Lanrivain había mantenido buenas relaciones en el pasado con la señora de Cornault; pero que había estado ausente de Bretaña durante más de un año, y la gente había dejado de asociar sus nombres. Los testigos que hicieron esta declaración no eran de reputación muy sólida. Uno era una vieja herbolaria sospechosa de brujería, otro un sacristán borracho de una parroquia vecina, el tercero un pastor medio idiota al que se podía inducir a decir cualquier cosa; y estaba claro que la acusación no estaba satisfecha con su caso, y habría preferido encontrar pruebas más concretas de la complicidad de Lanrivain que la declaración de la herbolaria, quien juró haberlo visto trepar por el muro del parque en la noche del asesinato. Un modo de completar las pruebas insuficientes en aquellos tiempos era ejercer algún tipo de presión, moral o física, sobre el acusado. No queda claro qué presión se ejerció sobre Anne de Cornault; pero al tercer día, cuando fue llevada al tribunal, «parecía débil y confusa», y tras animársela a recobrar la compostura y a decir la verdad, por su honor y las llagas de su

Bienaventurado Redentor, confesó que en efecto había bajado las escaleras para hablar con Hervé de Lanrivain (quien lo negó todo), y que la había sorprendido allí el ruido de la caída de su marido. Eso era mejor; y la acusación se frotó las manos de satisfacción. La satisfacción aumentó cuando varios dependientes que vivían en Kerfol fueron inducidos a declarar — con aparente sinceridad — que durante el año o dos anteriores a su muerte, su señor había vuelto a volverse inseguro e irascible, y propenso a los ataques de hosco silencio que su servidumbre había aprendido a temer antes de su segundo matrimonio. Esto parecía indicar que las cosas no iban bien en Kerfol; aunque nadie pudo afirmar que hubiera habido ningún signo de desacuerdo abierto entre marido y mujer.

Anne de Cornault, al ser interrogada sobre el motivo de bajar por la noche a abrir la puerta a Hervé de Lanrivain, dio una respuesta que debió de provocar una sonrisa en toda la sala. Dijo que era porque se sentía sola y quería hablar con el joven. ¿Era esa la única razón?, se le preguntó; y respondió: — Sí, por la Cruz que hay sobre las cabezas de Sus Señorías. — ¿Pero por qué a medianoche? — preguntó el tribunal. — Porque no podía verle de otro modo. Imagino el intercambio de miradas por encima de los cuellos de armiño, bajo el Crucifijo.

Anne de Cornault, interrogada más adelante, dijo que su vida conyugal había sido sumamente solitaria: «desolada» fue la palabra que empleó. Era cierto que su marido rara vez le hablaba con aspereza; pero había días en que no le hablaba en absoluto. Era cierto que nunca la había golpeado ni amenazado; pero la tenía como a una prisionera en Kerfol, y cuando se marchaba a Morlaix, Quimper o Rennes, vigilaba tan de cerca que no podía coger una flor del jardín sin tener una dama de compañía a sus espaldas. — No soy ninguna reina para necesitar tales honores — le dijo una vez; y él respondió que un hombre que posee un tesoro no deja la llave en la cerradura cuando sale. — Llévame contigo — le rogó; pero a esto él respondió que las ciudades eran lugares perniciosos, y que las esposas jóvenes estaban mejor en su propia lumbre.

— ¿Pero qué quería decirle a Hervé de Lanrivain? — preguntó el tribunal; y ella respondió: — Pedirle que me llevara con él.

— Ah..., ¿confiesa entonces que fue a su encuentro con intenciones adúlteras?

—¿Por qué entonces quería que se la llevara?

—Porque temía por mi vida.

—¿A quién temía?

—A mi marido.

—¿Por qué le temía a su marido?

—Porque había estrangulado a mi perrito.

Una nueva sonrisa debió de recorrer la sala del tribunal: en tiempos en que cualquier noble tenía derecho a ahorcar a sus campesinos —y la mayoría lo ejercía—, ahogar a un animal doméstico era una nimiedad que no merecía escándalo.

En este punto, uno de los jueces, que al parecer sentía cierta simpatía por la acusada, sugirió que se le permitiera explicarse a su manera; y ella hizo entonces la siguiente declaración.

Los primeros años de su matrimonio habían sido solitarios; pero su marido no había sido cruel con ella. De haber tenido un hijo no habría sido infeliz; pero los días eran largos, y llovía demasiado.

Era cierto que su marido, siempre que se ausentaba, le traía un hermoso regalo a su regreso; pero esto no compensaba la soledad. Nada lo había compensado, hasta que le trajo el perrito marrón de Oriente: después de eso, fue mucho menos desdichada. Su marido parecía complacido de que tuviese tanto cariño al perro; le dio permiso para ponerle el collar de joyas al cuello y para tenerlo siempre consigo.

Un día se había quedado dormida en su habitación, con el perro a sus pies, como era costumbre suya. Sus pies estaban desnudos y descansaban sobre el lomo del animal. De repente la despertó su marido: estaba de pie junto a ella, sonriendo con afabilidad.

—Pareces mi bisabuela, Juliane de Cornault, tendida en la capilla con los pies sobre un perrito —dijo.

La comparación le produjo un escalofrío, pero rio y respondió:

—Bien, cuando muera tendrás que ponerme junto a ella, tallada en mármol, con mi perro a los pies.

—Oho..., ya lo veremos —dijo él, riendo también, pero con las cejas negras muy juntas—. El perro es el emblema de la fidelidad.

—¿Y acaso dudas de mi derecho a yacer con el mío a los pies?

—Cuando lo dudo, lo averiguo —respondió él—. Soy un hombre viejo —añadió—, y la gente dice que te hago llevar una vida solitaria. Pero te juro que tendrás tu monumento si te lo mereces.

—Y yo juro serte fiel —respondió ella—, aunque solo sea por tener a mi perrito a los pies.

Poco después él se fue por negocios a la Audiencia de Quimper; y durante su ausencia su tía, viuda de un gran noble del ducado, vino a pasar una noche en Kerfol de camino al *pardon* de Santa Bárbara. Era una mujer piadosa e influyente, muy respetada por Yves de Cornault, y cuando propuso a Anne que la acompañara a Santa Bárbara nadie pudo objetar nada, e incluso el capellán se declaró favorable a la peregrinación. Así que Anne partió hacia Santa Bárbara, y allí habló por primera vez con Hervé de Lanrivain. Él había venido una o dos veces a Kerfol con su padre, pero ella no había intercambiado con él más de una docena de palabras hasta entonces. Tampoco hablaron más de cinco minutos ahora: fue bajo los castaños, cuando la procesión salía de la capilla. Él dijo: —La compadezco —y ella se sorprendió, pues no había supuesto que nadie la considerara digna de compasión. Él añadió: —Llámeme cuando me necesite —y ella sonrió levemente, pero se alegró después, y pensó con frecuencia en el encuentro.

Confesó haberle visto tres veces después: no más. Cómo ni dónde no quiso decirlo; daba la impresión de que temía comprometer a alguien. Sus encuentros habían sido escasos y breves; y en el último él le había dicho que al día siguiente partía para un país extranjero, en una misión que no carecía de peligro y que podría tenerle ausente muchos meses. Le pidió un recuerdo, y ella no tenía ninguno que darle salvo el collar del cuello del perrito. Después lo lamentó, pero él estaba tan afligido por la partida que no había tenido valor para negárselo.

Su marido estaba ausente por entonces. Cuando regresó unos días después, tomó al animal para acariciarlo y advirtió que le faltaba el collar. Su esposa le dijo que el perro lo había perdido en la espesura del parque, y que ella y sus doncellas lo habían buscado un día entero. Era cierto, explicó al

tribunal, que había hecho buscar a las doncellas el collar; todas ellas creían que el perro lo había perdido en el parque....

El marido no hizo ningún comentario, y aquella noche en la cena estaba en su humor habitual, entre bueno y malo: nunca se podía saber cuál. Habló bastante, contando lo que había visto y hecho en Rennes; pero de vez en cuando se interrumpía y la miraba fijamente, y cuando ella se fue a la cama encontró a su perrito estrangulado en la almohada. El animalito estaba muerto, pero aún caliente; se inclinó para cogerlo, y su angustia se convirtió en horror al descubrir que lo habían estrangulado enroscando dos veces alrededor de su cuello el collar que ella había dado a Lanrivain.

A la mañana siguiente, al amanecer, enterró al perro en el jardín y escondió el collar en el pecho. No dijo nada a su marido, entonces ni después, y él tampoco le dijo nada a ella; pero ese día hizo ahorcar a un campesino por robar un haz de leña en el parque, y al día siguiente estuvo a punto de matar a palos a un caballo joven que estaba domando.

Llegó el invierno, y fueron pasando los cortos días y las largas noches, uno a uno; y no supo nada de Hervé de Lanrivain. Podía ser que su marido lo hubiera matado; o simplemente que le hubieran robado el collar. Día tras día junto al hogar entre las hilanderas, noche tras noche sola en su cama, cavilaba y temblaba. A veces, en la mesa, su marido la miraba y sonreía; y entonces estaba segura de que Lanrivain había muerto. No se atrevía a intentar tener noticias de él, pues estaba segura de que su marido lo averiguaría si lo hacía: tenía la impresión de que él podía averiguar cualquier cosa. Incluso cuando una bruja que era famosa vidente y podía mostrarle el mundo entero en su cristal llegó al castillo a pedir cobijo por una noche, y las doncellas acudieron en tropel a ella, Anne no se acercó.

El invierno fue largo, oscuro y lluvioso. Un día, en ausencia de Yves de Cornault, llegaron a Kerfol unos gitanos con una tropa de perros amaestrados. Anne compró el más pequeño y listo, un perro blanco de pelo plumoso con un ojo azul y otro marrón. Parecía haber sido maltratado por los gitanos, y se aferró a ella lastimeramente cuando lo recibió de sus manos. Aquella tarde regresó su marido, y cuando ella fue a la cama encontró al perro estrangulado en la almohada.

Después de eso se dijo que nunca tendría otro perro; pero una tarde de crudo frío encontraron a un pobre galgo flaco gimiendo a la puerta del

castillo, y ella lo recogió y prohibió a las doncellas hablar de él a su marido. Lo escondió en una habitación a la que no iba nadie, le pasaba comida a escondidas de su propio plato, le hizo una cama caliente donde dormir y lo mimó como a un niño.

Yves de Cornault volvió a casa, y al día siguiente ella encontró al galgo estrangulado en su almohada. Lloró en secreto, pero no dijo nada, y decidió que aunque encontrara a un perro muriéndose de hambre nunca lo llevaría al castillo; pero un día encontró un perro pastor joven, un cachorro atigrado de buenos ojos azules, tendido con una pata rota en la nieve del parque. Yves de Cornault estaba en Rennes, y ella introdujo al perro en el castillo, lo calentó y alimentó, le vendó la pata y lo escondió hasta el regreso de su marido. El día anterior lo dio a una campesina que vivía muy lejos y le pagó generosamente para que lo cuidara y no dijera nada; pero esa noche oyó un gimoteo y un rasguño en su puerta, y al abrirla el cachorro cojo, empapado y temblando, saltó sobre ella con pequeños ladridos entrecortados. Lo escondió en su cama, y a la mañana siguiente estaba a punto de mandarlo de vuelta a la campesina cuando oyó a su marido entrar en el patio a caballo. Encerró al perro en un arcón y bajó a recibirlo. Una hora o dos después, cuando regresó a su habitación, el cachorro yacía estrangulado en su almohada....

Después de eso no se atrevió a criar ningún otro perro, y su soledad se volvió casi insoportable. A veces, cuando cruzaba el patio del castillo y creía que nadie la miraba, se detenía a acariciar al viejo perdiguero de la puerta. Pero un día, mientras lo acariciaba, su marido salió de la capilla; y al día siguiente el perro viejo había desaparecido....

Esta curiosa narración no fue contada de una sola vez en el tribunal, ni fue recibida sin impaciencia y comentarios incrédulos. Era evidente que los jueces se sorprendían de su puerilidad, y que no ayudaba a la acusada ante los ojos del público. Era un relato extraño, sin duda; pero ¿qué demostraba? Que Yves de Cornault tenía aversión a los perros, y que su esposa, para satisfacer su propio capricho, persistía en ignorar esa aversión. En cuanto a aducir esta trivial desavenencia como pretexto para justificar sus relaciones —de la naturaleza que fuesen— con su supuesto cómplice, el argumento era tan absurdo que el propio abogado defensor lamentó visiblemente haberle permitido hacer uso de él, e intentó varias veces interrumpir su relato. Pero ella continuó hasta el final, con una especie de insistencia hipnotizada,

como si las escenas que evocaba fueran tan reales para ella que hubiese olvidado dónde estaba e imaginara estar reviviéndolas.

Por fin el juez que anteriormente había mostrado cierta benevolencia hacia ella dijo (inclinándose un poco hacia adelante desde su fila de colegas adormilados, cabe suponer): —¿Pretende entonces que asesinó a su marido porque no la dejaba tener un perro de compañía?

—No asesiné a mi marido.

—¿Quién lo hizo entonces? ¿Hervé de Lanrivain?

—No.

—¿Quién entonces? ¿Puede decírnoslo?

—Sí, puedo decírselo. Los perros... —En ese punto fue sacada del tribunal en un desmayo.

*

Era evidente que su abogado intentó convencerla de que abandonara esa línea de defensa. Posiblemente su explicación, fuera la que fuese, le había parecido convincente cuando ella se la expuso con el calor de su primera consulta privada; pero ahora que estaba expuesta a la fría luz del escrutinio judicial y a las burlas del pueblo, él estaba profundamente avergonzado de ella, y la habría sacrificado sin escrúpulos para salvar su reputación profesional. Pero el obstinado juez —que quizá, después de todo, era más curioso que benévolo— evidentemente quería escuchar la historia hasta el final, y se ordenó a ella que al día siguiente continuara su declaración.

Dijo que tras la desaparición del viejo perro guardián no ocurrió nada especial durante uno o dos meses. Su marido estaba más o menos como siempre: no recordaba ningún incidente especial. Pero una tarde una buhonerilla llegó al castillo y vendía baratijas a las doncellas. Ella no tenía ganas de baratijas, pero se quedó mirando mientras las mujeres hacían sus elecciones. Y entonces, no sabía cómo, la buhonerilla la indujo a comprar para sí un pomo de olor en forma de pera con un fuerte perfume en su interior; había visto algo parecido en una mujer gitana. No tenía ningún deseo del pomo de olor y no sabía por qué lo había comprado. La buhonerilla dijo que quien lo llevara tendría el poder de conocer el futuro; pero ella no lo creía realmente, ni tampoco le importaba mucho. Sin embargo, compró el objeto

y lo subió a su habitación, donde se sentó dándole vueltas en la mano. Entonces el extraño aroma la atrajo y empezó a preguntarse qué clase de especia había en la cajita. La abrió y encontró un haba gris envuelta en una tira de papel; y en el papel vio una señal que reconoció y un mensaje de Hervé de Lanrivain, que decía que había regresado a casa y que estaría en la puerta del patio esa noche después de que se pusiera la luna....

Quemó el papel y se sentó a pensar. Caía la noche, y su marido estaba en casa.... No tenía manera de avisar a Lanrivain, y no había nada que hacer salvo esperar....

En este punto imagino que la soñolienta sala del tribunal empieza a despabilarse. Incluso para el más veterano de los magistrados debía de haber cierto placer en imaginarse los sentimientos de una mujer al recibir semejante mensaje al caer la noche, de un hombre que vivía a unos treinta kilómetros de distancia, a quien no tenía ninguna manera de enviarle un aviso....

No era una mujer lista, me imagino; y como primer resultado de su cavilación parece haber cometido el error de mostrarse, aquella tarde, demasiado amable con su marido. No podía emborracharlo con vino, según el expediente tradicional, pues aunque bebía en exceso a veces tenía la cabeza muy fuerte; y cuando bebía más de lo que aguantaba era porque así lo elegía, y no porque una mujer lo persuadiera. Su esposa, desde luego, ya era historia antigua. Según leo el caso, me parece que lo único que le quedaba a él por ella era el odio que le ocasionaba su supuesta deshonra.

En cualquier caso, intentó recuperar sus viejos encantos; pero al poco rato de la tarde él se quejó de dolores y fiebre, y abandonó el salón para subir al cuarto donde a veces dormía. Su criado le llevó una copa de vino caliente y trajo la noticia de que estaba dormido y no había que molestarlo; y una hora más tarde, cuando Anne levantó el tapiz y escuchó en su puerta, oyó su respiración alta y regular. Pensó que podría ser un fingimiento, y se quedó largo tiempo descalza en el pasillo, con el oído pegado a la rendija; pero la respiración continuó demasiado constante y natural para ser la de un hombre que no durmiera de verdad. Regresó a su habitación tranquilizada y se quedó en la ventana mirando ponerse la luna entre los árboles del parque. El cielo estaba neblinoso y sin estrellas, y después de que se pusiera la luna la noche fue negra como la brea. Supo que había llegado el momento, y se

deslizó por el pasillo, pasando ante la puerta de su marido —donde se detuvo de nuevo a escuchar su respiración— hasta lo alto de la escalera. Allí se paró un momento y se aseguró de que nadie la seguía; luego empezó a bajar la escalera en la oscuridad. Era tan empinada y tortuosa que tuvo que ir muy despacio, por temor a tropezar. Su único pensamiento era descorrer el cerrojo, decirle a Lanrivain que huyera y volver deprisa a su habitación. Había probado el cerrojo antes por la tarde y logrado engrasarlo un poco; pero aun así, al correrlo, chirrió... no fuerte, pero le detuvo el corazón; y al momento siguiente, arriba, oyó un ruido....

—¿Qué ruido? —intervino la acusación.

—La voz de mi marido, llamándome por mi nombre y maldiciendo.

—¿Qué oyó después de eso?

—Un grito terrible y una caída.

—¿Dónde estaba Hervé de Lanrivain en ese momento?

—Estaba fuera, en el patio. Apenas logré distinguirlo en la oscuridad. Le dije que por el amor de Dios se marchara, y luego empujé la puerta hasta cerrarla.

—¿Qué hizo usted a continuación?

—Me quedé al pie de la escalera y escuché.

—¿Qué oyó?

—Oí perros gruñendo y jadeando. —(Visible desaliento del tribunal, aburrimiento del público y exasperación del abogado defensor. ¡Otra vez los perros! Pero el juez curioso insistió.)

—¿Qué perros?

Inclinó la cabeza y habló tan bajo que tuvo que pedírsele que repitiera su respuesta: —No lo sé.

—¿Qué quiere decir con que no lo sabe?

—No sé qué perros....

El juez intervino de nuevo: —Intente contarnos exactamente lo que ocurrió. ¿Cuánto tiempo permaneció al pie de la escalera?

—Solo unos minutos.

—¿Y qué sucedía entretanto arriba?

—Los perros seguían gruñendo y jadeando. Una o dos veces él gritó. Creo que gimió una vez. Luego se quedó quieto.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Entonces oí un ruido como el de una jauría cuando le arrojan el lobo: un sonido de tragar y lamer.

—(Hubo un gemido de asco y repulsión en toda la sala, y un nuevo intento de intervención por parte del atribulado abogado. Pero el juez curioso seguía siendo curioso.)

—¿Y durante todo ese tiempo usted no subió?

—Sí, subí entonces, para ahuyentarlos.

—¿A los perros?

—Sí.

—¿Y bien?

—Cuando llegué arriba estaba completamente oscuro. Encontré el peder-
nal y el eslabón de mi marido y saqué una chispa. Lo vi tendido allí. Estaba
muerto.

—¿Y los perros?

—Los perros se habían ido.

—¿Ido adónde?

—No lo sé. No había salida, y en Kerfol no había perros.

Se irguió en toda su estatura, alzó los brazos por encima de la cabeza y cayó al suelo de piedra con un largo grito. Hubo un momento de confusión en la sala. Se oyó a alguien en el estrado decir: «Este es claramente un asunto para las autoridades eclesiásticas»; y el abogado de la acusada sin duda se aferró a la sugerencia.

A partir de ahí, el juicio se pierde en un laberinto de repreguntas y disputas. Todos los testigos citados corroboraron la declaración de Anne de Cornault de que en Kerfol no había perros: no había habido ninguno du-

rante varios meses. El señor de la casa había concebido aversión a los perros, eso era innegable. Pero, por otra parte, en la investigación judicial había habido largas y encarnizadas discusiones sobre la naturaleza de las heridas del difunto. Uno de los cirujanos que acudieron habló de marcas que parecían mordeduras. Se reavivó la sospecha de brujería, y los abogados contrarios se arrojaron volúmenes de nigromancia el uno al otro.

Por fin, Anne de Cornault fue llevada de nuevo ante el tribunal —a instancias del mismo juez— y se le preguntó si sabía de dónde podían haber venido los perros de los que hablaba. Por el cuerpo de su Redentor, juró que no. Entonces el juez formuló su pregunta definitiva: —Si los perros que cree haber oído le hubieran sido conocidos, ¿cree que los habría reconocido por sus ladridos?

—Sí.

—¿Los reconoció?

—Sí.

—¿Qué perros cree que eran?

—Mis perros muertos —dijo en un susurro.... La sacaron del tribunal para no volver a aparecer en él. Hubo algún tipo de investigación eclesiástica, y el resultado del asunto fue que los jueces no se pusieron de acuerdo entre sí ni con el comité eclesiástico, y que Anne de Cornault fue finalmente entregada a la custodia de la familia de su marido, que la encerró en el torreón de Kerfol, donde se dice que murió muchos años después, una demente inofensiva.

Así termina su historia. En cuanto a la de Hervé de Lanrivain, bastó con dirigirme a su descendiente colateral para conocer los detalles posteriores. Las pruebas contra el joven siendo insuficientes, y siendo considerable la influencia de su familia en el ducado, fue puesto en libertad y partió poco después hacia París. Probablemente no estaba de humor para la vida mundana, y parece haber caído casi de inmediato bajo la influencia del famoso Arnould d'Andilly y los caballeros de Port-Royal. Un año o dos después fue admitido en su Orden, y sin alcanzar ningún mérito particular siguió sus vicisitudes —buenas y malas— hasta su muerte unos veinte años después. Lanrivain me mostró un retrato suyo, obra de un discípulo de Philippe de Champaigne: ojos tristes, boca impulsiva y frente estrecha. El pobre Hervé

de Lanrivain: fue un gris final. Y sin embargo, al contemplar su rígida y cet-
rina efigie, de oscuro traje jansenista, casi me sorprendí envidiando su desti-
no. Al fin y al cabo, en el curso de su vida le habían ocurrido dos grandes
cosas: había amado con romanticismo, y debía de haber hablado con
Pascal....

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB